

09 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

09

Dathomir, 43 BBY.

A la mañana siguiente, desperté temprano y salí en busca de un espacio despejado cercano donde poder entrenar. Tras estirarme y hacer algunos ejercicios para calentar, me dediqué a practicar con mi sable de luz, cayendo en el patrón familiar de golpes mientras repasaba los fundamentos que Obi-Wan me había enseñado.

Sentí y vi cómo se acercaba una mujer mayor, deteniéndose en el borde del área donde entrenaba. “Me han informado que te unirás a nosotros.”

Después de completar un último golpe, apagué el sable de luz y lo coloqué en mi cinturón antes de girar hacia la recién llegada. “Sí. La matriarca de tu clan extendió la invitación. Estaré bajo tu cuidado.”

La mujer asintió y me hizo señas para que la siguiera. “Soy la capitana encargada del entrenamiento de los niños. Puedes dirigirte a mí como capitana o líder. Nos levantamos con el sol. Cada mañana comenzarás llegando a la cabecera del sendero,” instruyó, iniciando un trote mientras yo corría detrás de ella. “El sendero es un circuito de obstáculos que se divide en tres caminos, señalizados con banderas rojas, azules y violetas. La ruta roja es para principiantes. La azul, para quienes tienen un nivel intermedio y requiere un cierto dominio tanto del cuerpo como de la Fuerza. La violeta, para quienes dominan ambos aspectos. Hoy comenzarás en el sendero rojo y yo te seguiré para evaluar tu progreso. ¿Lo entiendes?”

“Sí, capitana.”

“Mm,” ella desaceleró al acercarse a un arco de entrada marcado con cintas de tela en rojo, azul y violeta, colgadas de un lado a otro. “Sigue el camino alrededor de la montaña de regreso al pueblo. Después, desayunaremos. Luego, iremos a cazar. Adelante. Yo estaré detrás de ti.”

Asentí y emprendí la carrera por el sendero. No tardé en llegar a la bifurcación, donde la izquierda tenía cintas rojas y la derecha, azules y violetas. Me desvié a la izquierda, adentrándome en el bosque. Pronto, llegué a los primeros obstáculos: cuerdas atadas en la forma de una telaraña, que a simple vista solo parecían obstáculos, pero para una persona normal eran más bien saltos. Salté sobre la primera línea, moviéndome al ritmo del balanceo de la cuerda, y luego salté a la siguiente, y a la siguiente otra vez. Claro que usé un poco la Fuerza, pero eso también era parte del entrenamiento.

El siguiente reto consistía en una serie de troncos colocados verticalmente entre el suelo y una repisa varias yardas más arriba, donde continuaba el camino. Eran apenas lo suficientemente anchos para apoyar un pie, se veían sólidos, pero la subida era bastante evidente. Una caída no sería mortal, solo dolorosa, y tendría que empezarse de nuevo. Salté sobre el primero y, manteniendo mi impulso, trepé por la senda, agarrándome a la parte superior de los postes y jalándome hacia arriba cuando no lograba saltar.

El siguiente desafío era una serie de vigas de equilibrio sobre un charco de barro poco profundo, claramente uno de esos retos de “caer y volver a empezar”. Lo pasé de largo y continué hacia un conjunto de varas de madera colgantes —de bambú o algo similar— que requerían que me balanceara para cruzar, agarrar la siguiente vara y repetir varias veces el proceso antes de llegar al otro lado. No logré saltar para agarrar la primera, pero un empujón desde la vara en la que colgaba me permitió atraparla y balancearme hacia el otro lado.

—¿Por qué no usas la Fuerza para moverte tú mismo?

Casi caí de bruces al aterrizar en la plataforma cuando la capitana se acercó y su voz interrumpió el estado concentrado, casi meditativo, en el que había caído. Mirándola con curiosidad, respondí: “Lo hago en algunas cosas.”

—Lo he notado. La usas principalmente para mantener el equilibrio y marcar el ritmo —me señaló, y asentí—. No la empleas para aumentar tu fuerza o velocidad. Si lo hicieras, quizás estaríamos casi terminando ya. Así que vuelvo a preguntarte, ¿por qué no?

Confundido, reduje la marcha a un trote mientras respondía:—Eso sería contradecir el propósito, ¿verdad? La Fuerza es un multiplicador en cuanto a mejoras físicas. Simplificando mucho, si puedes levantar cien libras sin ella, con la Fuerza puedes levantar entre doscientos y trescientos. Si entrenas para levantar ciento cincuenta sin ella, podrías alcanzar entre trescientos y cuatrocientos cincuenta con la ayuda. Pero si usas la Fuerza a tiempo completo para levantar doscientos libras, solo mantienes lo que puedes levantar, sin aumentarlo.

—Ah, —murmuró la mujer mayor, asintiendo—. Sí, puede verse así. Sin embargo, solo levanta más en segunda instancia...

La morena sonrió. —Eso es.

—¿También los niños?

—

Cuando finalmente llegamos de regreso al pueblo, la capitana me condujo a una comedor comunal, donde cargamos los platos y nos sentamos a comer. Sentí las miradas de todos en la sala y más de una vez noté algún que otro intento de sondeo con la Fuerza que respondí con firmeza, apartando los intentos. Mientras comenzaba a comer, la capitana preguntó: —Escuché que mataste a un rancor ayer.

No fue una pregunta, pero asentí en respuesta. —Sí. No esperaba encontrar un animal que realmente resista un sable de luz.

—Son duros —asintió, observándome detenidamente—. Me dijiste que antes de hoy no estabas aumentando tu fuerza o velocidad con la Fuerza, ¿verdad?

—Correcto —confirmé. Había empleado otras técnicas algunas veces, según pidiera la situación, pero en general, solo la utilizaba para mejorar la percepción, el equilibrio o la precognición.

—

Asentí. —Usé la Fuerza para lanzar mi sable de luz allí al final, pero sí. ¿Por qué?

La mujer rió y negó con la cabeza. —No hay razón.

—Muy bien, chicas. Hoy tenemos una invitada, así que vamos a mostrarle cómo se hace.

—"

—¿Qué tipo de juego vamos a cazar? —pregunté entrando en la sala por indicación de la capitana, quien se acercó a un estante con arcos y eligió uno adecuado a mi tamaño para tensarlo después.

—¿Qué quieres comer? —preguntó con una sonrisa.

—

La capitana agitó una mano de forma despectiva mientras me mostraba cómo colocar una aljaba, y me entregó una bolsa—o mejor dicho, una bolsa de caza—, como las otras. —Lo cogerás con facilidad.

Yo encogí los hombros y seguí a los demás mientras salían. Se adentraron en un sendero que bajaba de la montaña, hacia una serie de lianas tejidas y sujetas con rocas como anclajes. Vi cómo saltaban sobre la gran cuerda y deslizaban por ella, disparando a aves grandes en su paso, usando la Fuerza para guiar las flechas y dar en el blanco, para luego recuperar las flechas y las aves, guardando la presa en sus bolsas.

—Vamos, será divertido, te lo prometo —me sonrió alentadora la capitana, y asentí, antes de lanzarme a la cuerda.

La Fuerza me sostuvo en pie mientras comenzaba a deslizarme, con el viento azotando mi cabello y ropa, y una sonrisa se dibujó en mis labios al disfrutar de la sensación más cercana al vuelo que

había sentido en mucho tiempo. Al avistar uno de los pájaros que los demás estaban abatando, saqué una flecha, la tensé e intenté predecir con la Fuerza su posición y el trayecto de la flecha antes de disparar. Una pequeña explosión de plumas anunció un impacto, y la atraje de regreso con la Fuerza, atrapando la flecha y la ave magullada, introduciéndola en la bolsa sobre mi hombro, casi sin perderla en el proceso, pues no lograba determinar exactamente dónde estaba la boca de la bolsa.

Al llegar a los árboles, los otros niños permanecieron en las copas, saltando de rama en rama, así que yo seguí su ejemplo. Abriéndome en cuerpo y alma, sentí la presencia de animales a medida que avanzábamos, guiado tanto por la Fuerza como por los indicios de los otros sobre qué cazar y qué dejar pasar, mientras trabajaba en llenar mi saco. Cuando cruzamos un arroyo, me detuve un momento para lanzar mi lanza y capturar algunos peces del mismo modo, añadiéndolos a la pila.

Para cuando llegó el mediodía, nuestras bolsas estaban casi llenas y mucho más pesadas. El regreso dejó en mis piernas un ardor intenso, pero era un dolor agradable. Al llegar de vuelta, todos los niños dejaron sus arcos y flechas en el lugar donde los habíamos conseguido, y luego depositaron los sacos en otra cabaña, donde pude oler la sangre y otros olores desagradables que impregnaban el aire.

—¿Los procesamos a continuación?—pregunté, y la capitana negó con la cabeza mientras dejaba mi mochila junto a las demás.

—

Gracias a la formación en supervivencia militar adquirida en mi segunda vida, sabía cómo limpiar y preparar la mayoría de los animales cazados en el campo, así que no insistí en el asunto. Si no hubiera tenido ese conocimiento, más tarde me habría dedicado a aprenderlo en el lugar. La habilidad de mantenerse alimentado en plena naturaleza era fundamental, sobre todo si los suministros escaseaban o si la reabastecimiento simplemente no llegaba.

—

Fruncí el ceño, hurgando en mi túnica Jedi. —¿Qué le sucede a esto?

—Ya...

Si usar el uniforme y vestirme como los locales significa que dejaré de recibir miradas de reojo y evitaré problemas en el futuro, probablemente debería hacerlo.

Aquella noche, tras prepararme con una lanza y un conjunto de ropas nuevas, encontré a maestro Dooku para entrenar con sables de luz. El sol ya se había ocultado tras las montañas y parecía que todo el pueblo se había congregado para presenciar cómo atravesábamos uno de los campos de entrenamiento, con su sable de luz azul chocando contra el mío plateado en una serie de golpes rápidos que iluminaban el entorno.

"¿Cómo estuvo tu día?" preguntó entre los golpes, y una vez más recordé que aquel hombre era un maestro.

"Productivo", respondí, habiendo estado exhausto la mayor parte del día y empezando a flaquear. Esquivé un ataque inquieto y contraataqué con una estocada, solo para tener que rodar al sentir que la esquivaba con facilidad. "Siento que realmente estoy progresando nuevamente."

"

Me obligué a bloquear y parar los golpes en lugar de esquivarlos, dejando que mis brazos temblaran por el esfuerzo. "Conozco mis límites."

Forzado a apartarme, retrocedí y adopté una posición defensiva, rodeando a maestre Dooku mientras él se acercaba lentamente hacia mí, un paso tras otro. El anciano jugaba conmigo, y ambos sabíamos que era así. Inhalé profundamente, considerando mis opciones. Finalmente, decidí arriesgarme en un último intercambio.

Corriéndole al frente, me lancé hacia adelante, girando sobre su primer golpe perezoso. Mi sable de luz estuvo a punto de alcanzar sus tobillos cuando él saltó, girando con facilidad sobre el ataque. Esquivé, solo para sentir cómo algo golpeaba el lado de mi cabeza cuando Dooku aterrizó.

"Eso estuvo bien", comentó Dooku, apagando su sable de luz. "Pero recuerda, retirarse siempre es una opción."

"Fue solo un combate de práctica", señalé mientras apagaba mi propio sable y lo guardaba.

El viejo sonrió, y lo soporté mientras extendía la mano y me acariciaba la cabeza. "Sí, y fácilmente podrías haberte rendido y admitirlo. Elegiste seguir. No te exijas tanto que te desgastes."

"No lo haré," acepté. "Pero es mejor atravesar el dolor ahora y sufrir una pérdida, que no tener lo que necesito más tarde y acabar muerto, en una situación donde no pueda retroceder."

Al ver que la pelea había terminado, el público empezó a dispersarse y nosotros nos dirigimos al interior de la casa de Augwynne. Fui a la ducha y, cuando terminé, alguien nos había traído la comida. Encontré a Dooku y Augwynne sumidos en una conversación cuando me uní a ellos y, juzgando por la forma en que ella se sentaba junto a él y colgaba de cada una de sus palabras, parecía que las cosas iban bastante bien para el anciano.

¿Es esto a lo que llaman ser la tercera rueda? casual

Era una sensación nueva para mí, ya que generalmente nunca me había preocupado por ese tipo de cosas antes. Incluso en Japón, solo obedecía las normas sociales acerca de estas cosas para pasar desapercibido. Sin embargo, ahora... El Maestro Dooku había ganado más que suficiente mi respeto y Augwynne era nuestra anfitriona. Decidí darles algo de espacio y no interrumpir lo que estuviese sucediendo entre ellos.

Programación y Pruebas de Penetración para Principiantes, habilidades reales

Dathomir, 42 ABY.

La nieve caía en condiciones de casi blizzard y relámpagos chisporroteaban a mi alrededor mientras seguía las marcas moradas, retrazando el camino mayormente por memoria pero con cuidado de la acumulación de hielo en las piedras. El peligro emanaba del más allá en la Fuerza, por encima, y me moví, creando a la vez una cúpula de la Fuerza sobre mí mientras cerraba los ojos.

Un relámpago iluminó con tanta intensidad que me cegó y me dejó sordo por un momento, aturdiéndome mientras mi cuerpo se estremecía ligeramente por la descarga que impactaba en mi escudo y rebotaba, antes de encontrar tierra firme. Al caer sobre una escarpada roca, hice una pausa por un momento para respirar y ciclar la Fuerza, conectando con mi fuerza vital y sintiendo cómo la fatiga me invadía al recuperar visión, oído y sensación.

En cuanto pude, volví a moverme, lanzándome hacia la cima de la montaña. Sintiendo más que viendo las grandes rocas flotantes que giraban lentamente por encima de mí, sincronizé mi salto, juzgué el viento y salté. La Fuerza me impulsó hacia arriba y mi mano golpeó la roca, un poco de telequinesis en forma de tracción la sostuvo brevemente en su superficie, antes de que me reajustara, apuntara a la siguiente y pateara, repitiendo el proceso hasta llegar a la roca flotante más grande.

Al encontrar lo que buscaba, recogí un trozo de metal plateado que allí había sido depositado y lo dejé en la Fuerza durante años, como una de muchas piezas. Al estudiarlas, parecían ser partes de un asteroide que había caído a ese planeta en algún momento. No podía identificar fácilmente el metal, pero prácticamente brillaba con la Fuerza. Lo guardé en mi mochila y lancé un salto con carrera, tomando vuelo. Vuelo completo, marcando mi trayectoria.

Me giré y me lancé de cabeza hacia la aldea, saltando la segunda mitad del sendero, ya que el objetivo de la prueba se había cumplido. Pise suavemente justo afuera de la casa de Augwynne, entré y saqué el trozo de metal, atravesando la cortina de cuero que separaba la biblioteca y colocando la pieza sobre su escritorio.

Augwynne no había cambiado mucho en los últimos meses, pero esos cambios que tenía eran resaltantes. Quizá no del todo evidentes, pero se notaba que estaba feliz y casi emanaba felicidad y emociones de tranquilidad de manera constante. Además, ahora estaba mucho más relajada.

Probablemente, ambos hechos estaban relacionados con el hecho de que ella estaba embarazada y parecía lista para dar a luz en cualquier momento.

Aparentemente, el maestro Dooku se había enamorado de sus encantos en algún momento. Quiero decir, Augwynne lanzó un ataque frontal y se negó a retroceder, hasta que el anciano se fatigó lo suficiente como para finalmente rendirse. Después de eso, bueno... yo necesitaba practicar cómo proteger mi mente de todas formas.

Aparentemente, tenían un trato. Si era una niña, Dooku la llevaría a criar a otro lugar, lejos de los problemas de la sociedad de Dathomir y su trato hacia sus propios hombres. Porque, incluso con su ayuda, todavía no habían ideado una solución viable que no terminara en una guerra civil o que tomara más de tres generaciones en resolverse. Si era un niño, Augwynne lo criaría como su sucesor y uno de los Hechiceros de Dathomir.

Considerando que el maestro Dooku podría haber sentido con la Fuerza y determinado el sexo del niño desde el momento de la concepción, solo podía suponer que se quedaba por motivos más sentimentales. Conociendo lo que sé del Orden Jedi y sus pensamientos sobre apegos, esto terminaría mal. De cualquier forma, mantendré la boca cerrada. Conocía el valor del secreto y el maestro Dooku me había ayudado más de una vez. Sentía que le debía un favor o dos.

“Felicidades. Has pasado tu primera prueba,” sonrió la pelirroja. “Normalmente habría una ceremonia, pero sé que no eres de esas personas que disfrutan de esas cosas.”

“Y tal vez moleste a algunas personas,” musité, y Augwynne asintió.

“Eso también. Sobre todo considerando que esta no fue una prueba o recompensa habitual.”

“¿Y qué hago con esto?” pregunté, señalando hacia el chichón plateado de metal. “¿Y qué es?”

Augwynne rió entre dientes. “Eso es un fragmento de un meteorito que se rompió sobre el planeta hace unos cien años aproximadamente. Usamos algunos sensores recuperados del Chu’unthor, técnicamente...”

“Chu’unthor...”

Corrí por los márgenes de la aldea, mis pasos silenciosos mientras me acercaba a la vid que bajaba hacia el bosque. Trepando, deslicé en silencio y me lancé entre los árboles. Mantuve la discreción por si acaso alguna otra partida de caza estuviera por ahí, mientras avanzaba hacia la enorme nave accidentada visible desde la aldea arriba.

Finalmente, encontré la nave justo donde sabía que estaría. El diseño no era en absoluto lo que esperaba para una nave espacial, mucho menos para algún tipo de academia Jedi voladora. Por un lado, era plana. No entendía por qué habían optado por un diseño plano cuando uno más grueso y tridimensional les habría dado mucho más espacio para trabajar—especialmente si nunca tuvieron intención de aterrizarla. Los puertos espaciales eran comunes, así que no era como si necesitara bajarla a la atmósfera del planeta para reparaciones o mantenimiento.

Sacudí la cabeza y aparté mis pensamientos sobre principios de diseño de naves espaciales para reflexionar más tarde, y rodeé hacia el lado de estribor, donde la ala estaba inclinándose hacia el agua. Moviéndome por la orilla bajo ella, encontré rápidamente la escotilla de acceso que me habían mencionado, oculta tras unos arbustos que no parecían propios de esa zona, ya que generalmente se encontraban cerca de la montaña, no cerca del agua como aquí. También sentí que habían sido cultivados usando alguna técnica de la Fuerza, probablemente uno de los ‘hechizos’ que utilizaba la tribu.

¿No sería más sensato...

¿Por qué desglosar en habilidades individuales movimientos como empujar, tirar, apretar y otros, cuando en realidad todos eran simples aplicaciones de una sola destreza? No tenía sentido.

Pero me desvió del tema. La mayoría de los "hechizos" que usaba aquí eran simplemente manifestaciones de la Fuerza, y una vez que comprendí eso, aprenderles resultó sencillo. Ellos complicaban las cosas con plegarias a sus dioses (las cuales me negué a participar, dada mi experiencia previa con un supuesto dios) y misticismo, pero casi todo lo que había visto hasta ahora podía ser reducido a aplicaciones de la telequinesis u otras habilidades psíquicas, como la precognición, influir en la mente, leer pensamientos, o incluso mi propia capacidad para percibir y transmitir emociones. Incluso potenciar la fuerza, velocidad, resistencia y similares con la Fuerza entraba en la categoría de aplicaciones de la telequinesis.

Casi como si teleportar fuera una habilidad legítima.

Simplemente

Quitó la mochila y saqué mi trozo de acero musical y cristal de kyber. Por ahora, dejé el cristal sobre la mesa de diseño, mientras colocaba el acero musical en la fragua y rápidamente la activaba para fundirlo en barras. Observé unos momentos cómo se activaban los campos de fuerza y la fragua se calentaba rápidamente, con escáneres analizando el metal, determinando su punto de fusión y elevando la temperatura antes de que los campos de fuerza comenzaran a trabajar sobre él.

Dejando esa tarea, me dirigí a la consola de diseño y me senté. Con los nudillos crujientes, observé la interfaz y pensé en lo que quería crear. Lo había estado considerando durante un tiempo, pero ahora creía que finalmente tenía los medios para producir lo que deseaba, ¡y además, con un material enriquecido por la Fuerza de tal calidad! No podía dejar pasar esa oportunidad.

Con la Fuerza en sintonía, permití que guiara mis manos mientras comenzaba a dibujar mecanismos de relojería—en parte por memoria, en parte dejando que la Fuerza llenara los vacíos.

Cuatro computadoras de relojería trabajando en conjunto dentro de una sola carcasa...

Revision #1

Created 4 May 2026 04:51:52 by Bob Smith

Updated 4 May 2026 04:51:56 by Bob Smith